

Alemania. Se pierde la cuenta de las provocaciones alemanas, desde el asunto Schnaebelé, en 1887, hasta el aterramiento del *Zeppelin IV* en Lunéville, en abril de 1913, y, días después, el incidente de Nancy,—sin hablar del asunto de los desertores en Casablanca, en septiembre de 1908, y del lance de Agadir, en 1º de julio de 1911.

A pesar de las irrefutables pruebas de la mala fe de nuestros adversarios y de la evidencia del derecho que nos asistía, unas veces nos hemos sometido al arbitraje—que solía darnos la razón,—y, otras veces, hemos efectuado convenios directos que nos han costado alguna concesión de amor propio. . . Sin embargo, ni calma ni paciencia han podido evitar la catástrofe que Alemania, sedienta de conquistas, ha querido con rudo empeño y preparado metódicamente, siendo su constante objeto obligarnos a declarar la guerra, como lo consiguió Bismarck por medio de una falsificación.

Al darse cuenta de que, a pesar de todo, se derrumbaban sus proyectos, pues estábamos bien decididos a dejarle la completa responsabilidad de su crimen ante el mundo y ante la Historia, Alemania nos ha declarado la guerra bajo el mísero pretexto de que aviadores franceses habían arrojado bombas sobre la vía férrea cerca de Carlsruhe y de Nuremberg. Y ya sabe usted que, últimamente, personalidades oficiales alemanas han declarado mentirosas esas alegaciones. . . Me niego a creer que haya neutrales sinceros que, en previsión de la victoria de los Aliados—victoria de la que no duda ya nadie, ni siquiera la Alemania oficial,—teman más el imperialismo francés que el imperialismo alemán, cuyo primer acto en esta guerra fué el asesinato de Bélgica neutral.

Cómo preparó la guerra Alemania

La evolución de la política alemana desde hace cuarenta años, y, en particular, todos sus actos durante los tres años que precedieron a la guerra, demuestran con qué tenaz industria premeditó Alemania su agresión de 1914.

Le Temps hace un sorprendente relato de esa historia de 40 años:

«Desde 1871, la historia de Europa se divide en cuatro periodos bien delineados.

Primer periodo (1871-1891): consolidación de la hegemonía alemana. En su origen, el tratado de Francfort, que mutiló a Francia, supeditó Alemania a Prusia y asentó en el centro de Europa el joven imperio proclamado en Versalles. Para afirmar sus cimientos, conciértase una serie de acuerdos: alianza austriaca, en 1879; alianza italiana, en 1882; contraseguros rusos, en 1884 y 1887. Robustecida por sus alianzas, Alemania tiene en sus manos la paz. Ninguna fuerza organizada contrapesa la suya.

Segundo periodo (1891-1904): organización del equilibrio europeo. Es la época de las tentativas sucesivas, mal coordinadas en un principio, que a Europa inspira el instinto de su conservación. La alianza franco-rusa de 1891 inicia esas tentativas, pero no es suficiente. Vienen luego los acuerdos franco-italianos de 1900, la alianza anglo-japonesa de 1902, el acuerdo anglo-francés en 1904. Otros seguirán: acuerdos ruso-japoneses, anglo-rusos, ruso-italianos, franco-japoneses. Esos convenios se establecen no contra Alemania, sino prescindiendo de ella, y, por lo tanto, limitan el alcance de ésta. Alemania conserva las tierras conquistadas, sus alianzas, y su prestigio. Pero el despotismo que ella ejercía no es ya posible. Un derecho europeo ha resucitado.

Tercer periodo: (1904-1911): lucha diplomática de Alemania contra el equilibrio europeo. El objetivo es desbaratar esos acuerdos que son un freno para la omnipotencia alemana, y, en primer lugar, el acuerdo entre Francia, Rusia e Inglaterra. Dos series paralelas de campañas políticas van a entrar en juego. La campaña marroquí tenderá a aislar a Francia de Rusia y de Inglaterra. De ahí la brutalidad de la diplomacia alemana, no justificada por los intereses locales en juego. Esas campañas alcanzan éxitos a Alemania. Pero son sólo éxitos locales. Cedemos en Marruecos y en el Congo. Rusia cede en Bosnia y en Albania. Pero sobrevive la Triple-Entente. Por consiguiente, no ha logrado sus fines Alemania. Mantiénese